

Ensayo China es un cosmos milenario articulado en torno a Confucio; EE.UU., una joven potencia basada en el progreso. Yi-Fu Tuan las compara

Diálogo de colosos



Yi-Fu Tuan
Cosmos y hogar. Un punto de vista cosmopolita
Traducción de Ana Duque

MELUSINA
236 PÁGINAS
18 EUROS

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÉNEC

Una acogedora habitación, llena de objetos familiares que se reflejan en el resplandor del fuego al caer la tarde, cuando el trabajo ha terminado, es el escenario de algo que solemos identificar con el hogar. Frente a un cosmos cada vez más agresivo, ese refugio nos enseña la parte amable de la existencia, pero aún así conviene establecer las relaciones entre ambos espacios pues la naturaleza es compleja, huye de cualquier simplificación; y por ese motivo requiere un gran esfuerzo humano, al menos para estar a la altura de la casa donde habita.

Los comienzos de los libros de Yi-Fu Tuan suelen ser memorables, todos se fijan en un detalle concreto con el fin de fijar la escala de una reflexión que permita acceder a las fuentes de la sabiduría. El yo preside esta vez su punto de vista sobre las dos civilizaciones sujetas a comparación: "Admitir preferencias personales en una obra con aspiraciones académicas constituye en sí mismo una postura característica de la alta modernidad (y de la posmodernidad)", escribe con la sencillez del hombre que ha encontrado en el estudio las claves de una existencia errante que le llevó desde su China natal hasta Estados Unidos. Un emigrante, el miembro de una minoría étnica, agradecido por el país de adopción, al que le debe tanto la supervivencia como el conocimiento pues ha sido gracias a sus instituciones académicas que ha adquirido los rasgos de personalidad que transformaron al joven emigrante chino en el eminente profesor universitario. Esa metamorfosis es la gran herencia de Tuan, la que explica el circuito de tensión de este bello libro.

China y Estados Unidos: la comparación es obligada en el día de hoy cuando se habla de un diálogo entre estos dos colosos de la economía mundial, esos dos países-continente, con grandes recursos y grandes retos a resolver. Para Tuan, China es un cosmos con más de dos mil años de vigencia articulado en torno a la

forma de pensar de Confucio, cuyo legado teje las redes de las administraciones imperiales, mantiene el pulso ante religiones como el budismo o el islam, se defiende de los ataques de los pueblos nómadas en la Edad Media o de las potencias coloniales en el siglo XIX y se mantiene firme ante los envites de la guerra con Japón y el comunismo. Depositario de los ritos ancestrales, "esos medios para conseguir la satisfacción", el humanismo confuciano permitió ahondar en el fondo del orgullo chino, un orgullo basado en la convicción de ser un "pueblo que comparte, a pesar de las diferencias menores, una lengua, una cultura y una forma de vida en común" que no se desintegra, ni siquiera en aquel momento

Yi-Fu Tuan somete los dos países a una profunda reflexión sobre los valores del hogar y del cosmos

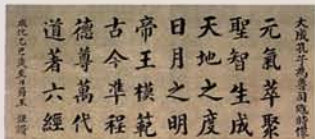
difícil, peligroso, para la identidad china, de la revolución cultural, que estuvo a punto de conseguir que todo se desmoronara, aunque Mao, su inductor, no tenía otra experiencia que la de una ilimitada ignorancia sobre la política. Personaje atractivo, sin embargo, por las benévolas intenciones de un proyecto que, en otros países, hubiera sido un verdadero genocidio cultural, pero que en China provocó la gran reacción que situó la ciencia y la democracia como los dos vectores de la modernidad.

Enseñar el camino

Estados Unidos por el contrario tiene una vida corta, etnocéntrica, basada en la recuperación de un espacio que calificaban de vacío, y que dividió el inmenso país en diversas realidades con sus clichés literarios al uso: el norte industrial, el sur de plantaciones ruina, el oeste de la frontera y el cowboy, el este intelectual y refinado en torno a ciudades con matrices británicas. Todo eso no es

más que un recuerdo el día de hoy, sin ningún nexo con la realidad dinámica de sus diferentes mundos, agrupados en torno a un ideal colectivo, la idea de progreso, y la vivencia de la forma de vida americana por encima de cualquier otra cosa, con sus espacios abiertos, sus casas familiares de una sola planta, sus calles en cuadrícula que ofrecen una uniformidad tan buscada por ellos como censurada por los viajeros de otros países. Y como telón de fondo, unos principios ilustrados que configuran el escenario constitucional surgido de la época de la Independencia y que mezclan pasión y razón, justicia social y libertad individual, laicismo a ultranza y ferviente espíritu religioso, democracia igualitaria y ansia de amasar millones como razón de la vida, utopía de ser el país elegido y sin embargo dejarse lastrar por decenas de años con una mano de obra esclava, los afroamericanos del sur, que recordaba más a los imperios de la antigüedad que a un país moderno, o las matanzas indiscriminadas de los indígenas americanos, los *indios*, por individuos convertidos en héroes legendarios en el cine. Un todo armónico frente a la diversidad: ecuación del siglo XVIII que Estados Unidos no sabe resolver desde entonces, más bien al contrario se precipita en mantener ambos elementos como un rasgo de su propia y compleja personalidad como un país diferente a las naciones de procedencia de sus habitantes. Esa ilusión de un destino manifiesto se acrecienta en la política internacional cuando se convierte en una potencia hegemónica.

La fascinante China y la compleja América forman un dúo extraordinario, al cual Tuan somete a una reflexión en profundidad sobre los valores del cosmos y del hogar: lo que hace que el género humano sea diferente a todos los demás seres de la creación. Entender que se vive por un motivo, en cuya búsqueda libros como éste enseñan el camino, es decir, el Tao. Leer para aprender y ser mejores: esa es la lección de Tuan. Una lección de maestro. |



A la izquierda, retrato de Confucio (tinta y pigmentos sobre seda montada en rollo); a la derecha, George Washington pintado por Gilbert Stuart (1797)

